



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

TERCERA PARTE

LOS PROBLEMAS NACIONALES

En México, desde los tempranos días de la república, lo mismo los partidos de tendencias que las facciones de codicia, se arrojaron unos a otros las más duras inculpaciones por el atraso del país, y después de un siglo de acusaciones recíprocas no se ha gastado el sistema, no obstante su demostrada ineficacia para justificar las revueltas. “Ningún *problema nacional* se ha resuelto”, según la expresión con que se imputan a un gobierno derrocado todas las responsabilidades que acumula la Historia y todas las deficiencias que han dejado las generaciones sucesivas en la inevitable lucha de la formación de un pueblo. Pero en el exterior, donde se forma en globo un solo concepto general, sin el estudio, y aun con el desprecio de la historia mexicana; en el exterior, donde sólo se conoce al país por el presente, y el presente por la prensa del día, no se distinguen gobiernos ni banderías culpables; las acusaciones que los partidos se arrojan se toman por confesiones, sin descontar la pasión que las dicta, y las responsabilidades se echan sobre la única personalidad que el extranjero conoce: sobre la nación atrasada, in-

dolente, incapaz de resolver *sus problemas*; es decir, incapaz de llenar las funciones de la vida social moderna. Así se ha llegado a despertar en los Estados Unidos y aun en Europa, la idea de que México necesita, como una ayuda piadosa y humanitaria, ser sometido por algún tiempo a la tutela de una nación civilizada. Y si la codicia de los Estados Unidos (saciada en 1847) pudo antes ser un peligro para la soberanía de México, por hoy son peligro mucho más grave su piedad y su ignorancia de cuanto se refiere a las naciones latinas del continente occidental.

En los últimos años, no sólo la prensa, sino aun los libros escritos con propósitos de justicia y de verdad, han fomentado en el exterior los errores de que la piedad procede, porque para hacerse perdonar la defensa de la nación, han creído necesario condenar a los gobiernos; intento vano de transacción defensiva, porque los extraños entienden (y con razón) que los gobiernos sucesivos de un pueblo son la expresión y la medida de su estado social y político, y que en vez de ser los responsables de pecados propios, son el cargo de la comunidad responsable. Somos los autores de nuestra historia; no surge de ella cargo que podamos rechazar legítimamente, provóquelo gobiernos que aplaudimos o gobiernos que condenamos, pues si hemos de renegar de nuestra unidad en el tiempo, será que renunciamos a la nacionalidad, que es unidad necesaria.

Lo que importa es saber si nuestra historia nos condena. A reserva de juzgar de ello en la síntesis final de este libro, vamos a examinar los problemas nacionales que, según los acusadores, descuidó la administración del general Díaz, como la descuidaron todas las anteriores; es decir, los problemas que ha descuidado

la nación. Vamos a ver si la situación de México es tal como se ha pintado dentro y fuera del país; si México pudo hacer mucho más de lo hecho; si otro pueblo, en su lugar, habría realizado ya la obra civilizadora que en el exterior se reclama; si, en fin, una incapacidad racial o una perversidad incurable en el pueblo mexicano autoriza a la piedad internacional para pensar seriamente en una tutela atentatoria,

